

# La Europa de los nacionalismos en el 92: consolidación y disgregación\*

**José Cazorla**

**Universidad de Granada**

---

## 1. INTRODUCCION.

---

Los acontecimientos ocurridos desde 1989 en Europa, revalidan de nuevo el principio enunciado hace ya años por el profesor Murillo Ferrol, cuando señalaba que «en las Ciencias Sociales, todo lo más postdécimos, pero no somos capaces de predecir»\_ En el breve espacio de tiempo transcurrido en estos cuatro últimos años, la acumulación de los cambios sucedidos sorprende no solo por su rapidez, sino más aún por su imprevisión y sobre todo por su profundidad.

Hasta expertos y políticos de la experiencia del expresidente Gorbachov se han visto arrastrados por la vertiginosa explosión de circunstancias, sobre todo de orden político y económico, cuyas consecuencias ni siquiera se traslucían hace un lustro. Por ejemplo, pocos podían suponer que la cuestión de las nacionalidades iba a ser decisiva para la quiebra de la Unión Soviética, y que la desaparición de su hegemonía iba a proceder mucho de factores endógenos, que de la presión de organizaciones occidentales como la CE o la OTAN.

Tampoco era de prever la simultánea aparición de dos fenómenos internacionales opuestos: frente a la descomposición de Yugoslavia y el bloque del Este, incluida la URSS, la división de Checoslovaquia, y la subsiguiente y masiva conversión a una vaga ideología, que cabría definir como «capitalismo de-

El presente trabajo amplía considerablemente y actualiza a Noviembre de 1992 el que, bajo el título «*Algunos interrogantes sociopolíticos ante la nueva Europa*» se presentó como ponencia en las Jornadas de Estudio «Parlamento y consolidación democrática», celebradas en Granada los días 11-12 de junio de 1992, y organizadas por el Parlamento de Andalucía, que actualmente se encuentran pendientes de ser publicadas por dicha institución.

mocrático», se produce la consolidación y expansión de la CE, gracias a la reunificación alemana y a las nuevas candidaturas pendientes de incorporación a plazo medio. Expansión que como comentaremos, tampoco está exenta de problemas.

---

## 2. CAUSALIDAD DE LOS CAMBIOS EN EL ESTE.

---

¿Cual ha sido la raíz de tan espectacular diferencia entre ambos sistemas? Para resumirla en una sola frase, la *capacidad o no de alcanzar unos objetivos mediante unos métodos concretos*. Veamos como ejemplo señero el caso de la Unión Soviética. A partir de una voluntad colectiva, real aunque difícil de saber si mayoritaria, en la Rusia de 1917 se estructura un régimen que posiblemente alcanza esa mayoría hacia 1945, como consecuencia de la expansión patriótico-nacionalista de la II Guerra Mundial. Cabe suponer que en dicha época se unen pues (por vía no formalmente democrática) *voluntad v capacidad colectivas para lograr unos objetivos comunes* de orden económico y político. No debe olvidarse que la dictaduras del Este eran instrumentos de lo que debía ser un nuevo orden internacional a partir de la destrucción o desaparición de las democracias liberales. Este objetivo «global» se mantuvo íntegramente hasta comienzos de los años 80. En el fondo era algo ilusorio, porque lo que pretendía era provocar un sentimiento de comunidad política entre las potencias del Pacto de Varsovia, sin una base socioeconómica ni menos aún política suficiente. Cuando el drenaje de recursos se hizo insoportable para las economías socializadas, *la voluntad comenzó a alejarse de la capacidad*, estimulada además por su constante exposición a los estilos de vida y comportamientos políticos del mundo occidental.

En consecuencia, la capacidad disminuyó aún más, en una creciente espiral, convirtiéndose lo que fue un problema en una crisis, al resultar imposible mantener las paridades económica, tecnológica y psicológica frente a los países avanzados de Occidente. Los soviéticos como otros pueblos del Este de Europa antes que ellos, tomaron conciencia de que solo un cambio de su voluntad podía modificar sus métodos, y estos, eventualmente, permitirían lograr los objetivos de prosperidad y desarrollo que, casi al alcance de su mano, exhibía desde hacía décadas la Europa occidental en un convincente «efecto demostración». Los intentos de Gorbachov por conseguirlo mediante reformas (*glasnost y perestroika*), no sólo no resolvieron la crisis sino que por el contrario la intensificaron (como hace ya más de veinte años demostraron las tesis de Davies

y otros). Con modificaciones al estilo de la «dictablanda», lo único que se consiguió fue hacer perder mayor credibilidad al sistema, que demostró estar muy lejos de ser invulnerable.

Las minorías dirigentes, fundamentalmente el PCUS, tuvieron que aceptar cambios mucho mayores de lo que suponían, y fueron incapaces de pagar los elevados costes de mantener un orden político desacreditado e ineficaz. Les fué imposible resolver a la vez sus necesidades domésticas, encajar en un nuevo contexto global, y mantener el dominio sobre sus inquietos satélites. Uno de los resultados fue la ruptura de las cohesiones vertical y horizontal; dicho de otro modo, las reformas socioeconómicas dieron lugar a inevitables cambios institucionales.

Lo que se produjo en la Unión Soviética y en otros países de su bloque fué una masiva y rápida transferencia de lealtades. Como ha señalado Di Palma (1990), en estos casos no se requieren necesariamente unas circunstancias favorables en especial, si posibilidad que se vislumbra es de por sí suficientemente atractiva frente a otras. De manera que no es preciso que unos «demócratas auténticos» precedan e impulsen la transformación democrática. Cuando se demuestra que el oponerse a los cambios es inútil, y que en cambio el abrirles camino resulta mucho menos costoso que oponerse, la apertura a ellos se hace irresistible, incluso para quienes compartían otras ideologías con anterioridad. La España de los años 70 fue un ejemplo similar.

El comunismo intentó ofrecer una alternativa definitiva y general (o sea, no nacional o doméstica), ante las dificultades de las democracias liberales, ya desde los años 20. Ahora bien, el reto que le imponía el cambio de las circunstancias sociales y la ruptura del aislamiento, sólo tuvo recientemente una respuesta en el reformismo de Gorbachov, que a la postre, como ya hemos señalado, resultó insuficiente. Los intentos de cambio superficial sólo consiguieron hacer perder credibilidad a sus protagonistas, mientras para las masas (incluidos muchos miembros del Partido), se abrían nuevos horizontes, o al menos así lo suponían, en una aplicación más del conocido «teorema de Thomas».

Es evidente, como tantas veces en la Historia, que no se puede lograr a la vez modificar a fondo las instituciones y mantener a la misma clase política (aunque una parte de ella subsista por un tiempo bajo diversos disfraces, como está ocurriendo en la antigua URSS). Tampoco se puede olvidar que la sub-

ordinación de los militares al partido en los sistemas comunistas les ha integrado en el régimen, impidiendo lo que de otro modo puso ser un peligroso protagonismo y promoviendo en cambio su colaboración ocasional, como en el caso de Polonia, con Jaruzelski.

Es preciso recordar, en fin, que el expansionismo territorial sobre la base de ocupar territorios ajenos está hoy desfasado, con la excepción de Yugoslavia, por razones étnico-culturales, de que nos ocuparemos después. Actualmente no existe en Europa ningún elemento exterior que pudiera provocar una confrontación armada. La regulación de los conflictos de intereses y en general el sistema de seguridad tienen que partir de una base político-diplomática, no de amenaza mutua. Como ha dicho Bell (1991) hemos llegado a un punto en que la economía (en particular lo que él denomina la «producción distributiva») es la continuación de la guerra por otros medios.

Los cambios ocurridos en el bloque del Este se vieron también impulsados por la debilitación del rigor del PCUS, inseguro de qué camino tomar y la consiguiente relajación de los vínculos que mantenían férreamente la unión entre las Repúblicas. Este mismo fenómeno se acusó con mayor visibilidad en los países satélites, cuya situación política y/o económica se hizo insostenible al ser la URSS incapaz de mantener no ya la disciplina, sino la «protección» que les brindaba. Así, y aunque no se trataba directamente de promover la democracia, sino de «salir del pozo», los países del Este se apresuraron a reclamar legitimidad y apoyo internacional, en base a la única moneda que admitía el mercado: la apertura a las libertades.

La debilidad de los lazos que vinculaban a estos países -aparte la mera coacción- era tal, que el CAEM (conocido en Occidente bajo las siglas COMECON), que apenas hace cuatro años reconoció por fin la existencia de la CE, ha desaparecido sin dejar rastro. Como señala Azcona Olivera (1992) las ocho naciones que lo componían son hoy 27. Y sólo en los dos últimos años la CE ha comprometido y desembolsado parcialmente más de 12.000 millones de dólares en ayudas a estos países, además de otros 3.000 en ayuda humanitaria y otros préstamos, como el aprobado recientemente por el FMI y el Banco Mundial, que suponen 27.000 millones de dólares más.

En definitiva, la voluntad colectiva cambió en la URSS y sus aliados, dirigiéndose a la búsqueda de nuevos métodos que produjeran una capacidad

suficiente para aproximarlos a los objetivos perceptibles en el mundo occidental avanzado. Pero -como se ha indicado recientemente (Vilanova, 1992)- es simplista interpretar el colapso del modelo soviético como el triunfo final del capitalismo y la muerte del socialismo. Lo que ha quedado claro es *lo que no se debe hacer*, o dicho de otro modo, hay que rechazar toda imposición autoritaria de normas desde «arriba», cualquiera que sea su apariencia. Lo difícil es introducir la democracia en la extraordinaria complejidad de la economía mundial, pero ello no se conseguirá sin el concurso de los principios de representación parlamentaria y descentralización.

Lo sucedido en el Este es una lección, pero no todo el libro, ni siquiera la lección completa. No debemos perder de vista que los hechos históricos que hemos presenciado no se corresponden a unas previsiones teóricas ya enunciadas. Se daba por supuesto que el «equilibrio» entre los grandes bloques no podía modificarse unilateralmente sin caer en una «desestabilización» de consecuencias insospechadas, cosa que no ha ocurrido.

Y la reaparición de los nacionalismos en Yugoslavia y la URSS, más su también inesperado componente religioso en Irán y el Norte de Africa, exigen respuestas que no parecen fáciles de improvisar. Hemos visto brevemente cómo han jugado voluntad y capacidad en el sorprendente proceso de cambio de la URSS; pero, ¿de dónde proceden y cómo juegan en esos otros países? ¿Por qué opera el «efecto demostración» económico en unos lugares, y en otros lo que cuenta es un impulso colectivo tan distinto como es el religioso? ¿Hasta qué punto nacionalismos de signo tan diferente van «contra la corriente de los tiempos», o en suma, marcan una pauta imprevista e incontrolable? ¿Quién podía suponer la subsistencia o el renacimiento de motivaciones tan poderosas al cabo de décadas de socialización sobre principios tan distintos?.

---

### 3. EL PAPEL DE LOS NACIONALISMOS.

---

Los nacionalismos, que en la Europa de la CE tampoco han perdido mucha vigencia, parten -como ha dicho Halliday (1992)- de mitificaciones tales como la persistencia secular de los estados-nación a lo largo de los siglos, cuando de hecho, en su mayoría surgieron como tales a partir de 1789, y algunos solo cuentan con unos decenios. Tampoco es usual la homogeneidad étnica, lingüística o histórica, pero se las da por supuestas, y se suelen reforzar tales creencias

con estereotipos denigrantes de «los otros», sean inmigrantes o miembros de «razas inferiores». En 1990 la ONU reconocía 170 Estados soberanos. Pero de hecho hay 4.000 lenguas diferentes, y ¿cuántas etnias?. Como dijo Gellner en 1989, «en Rusia odian a los judíos; en los Estados bálticos a los rusos; en el Cáucaso se odian todos entre sí, y en Asia Central odian a quien la mafia les dice que odien». Para unos la «necesaria» pertenencia a una nación «justifica» el dominio y la correspondiente subordinación de otros. Como ya hemos dicho en otro lugar, se presenta a los intereses como si fuesen valores indiscutibles. En definitiva, *los que tienen el poder definen lo que es tradición*.

Resultado de ello es -en determinadas circunstancias- que la conjunción de nacionalismo y desigualdad producen, al crecer las expectativas, pero no los recursos, la *balcanización*.

La culpa se atribuye al antiguo régimen, incluso si muchos de los líderes actuales participaron provechosamente de él. Pero lo cierto es que ni todos se van a desarrollar por igual, ni las apariencias democráticas son suficientes para promover automáticamente el desarrollo económico, ni los nuevos Estados-nación tienen siempre viabilidad para mantener siquiera una apariencia de soberanía. De manera que a plazo medio vamos a presenciar muchas inestabilidades políticas, y quizás ciertas reacciones hacia dictaduras de ultraderecha.

Estos fenómenos se exacerban bajo circunstancias de tensión, como se ha visto incluso en la reunificación alemana, al percibir los germanos occidentales los sacrificios económicos que aquella suponía. Y con mayor razón cuando hay menos afinidad con «los otros», como está ocurriendo ante los movimientos migratorios desde Europa oriental hacia la CE. Todos los prejuicios culturales y raciales se movilizan cuando se teme que esté en peligro la estabilidad económica y la «seguridad» del modo de vida. El recurrir al sentimiento de cohesión «nacional» constituye en estas circunstancias un procedimiento muy usual.

En el plano internacional, no es de extrañar que en los próximos años situaciones similares se reproduzcan ante las perspectivas de adhesión a la CE de otros países, sobre todo los de tradición no europea. El nacionalismo chauvinista no es cosa del pasado. En nuestro propio país se aprecian demasiadas (y crecientes) manifestaciones de racismo contra magrebíes y otros

africanos. Y desde luego, en las expresiones más radicales de la cultura vasca se encuentra también actitudes similares respecto a los españoles mismos.

Por su parte, la reunificación alemana se ha visto acompañada de antisemitismo y hostilidad contra los asiáticos. La arrogancia, no solo militar, se evidenció en la invasión de Panamá por las FF.AA. de Estados Unidos hace sólo tres años. En Japón la «superioridad cultural» se da por supuesta. Otro tanto ocurre en Rusia frente a otros pueblos de la CEI, a menudo debido a la influencia más o menos oculta de la iglesia ortodoxa. En los países del Este, como vimos durante casi medio siglo, tampoco operó la ilusión propugnada por la izquierda del «internacionalismo»: en el COMECON, como sabemos, el predominio de la URSS absorbía los recursos de los otros países sin consideración a «hermandad» ideológica alguna. La internacionalización mundial constituye en fin un proceso irreversible de ensanchamiento del horizonte; pero a la vez el espacio se reduce gracias a la rapidez de las comunicaciones, y al predominio de la cultura anglosajona. También simultáneamente el capital internacional incrementa sus controles -ya sin barreras en el Este- y, lo que es peor, aumenta la brecha entre países ricos y pobres.

Hace ya largo tiempo que en Europa el nacionalismo sustituyó a la religión como factor de unificación. Pero la otra cara del fenómeno se aprecia -íntimamente mezclada con el factor religioso- en sus nuevas manifestaciones, primero en Oriente Medio, y más recientemente en el Norte de África. Las presiones demográficas y la escasez de medios de empleo están provocando «salidas» nacional-religiosas de consecuencias imprevisibles, aunque de momento se concretan en fuertes tensiones políticas (Argelia y Túnez) y emigración clandestina (Marruecos) (Cázorla, 1991).

El punto de vista que pretende superar los nacionalismos encuentra su precedente en la frase de Montesquieu: «*L'Europe n'est qu'une nation composée de plusieurs*». De hecho las élites han sido cosmopolitas desde hace largo tiempo y los movimientos antifascistas y de izquierda han seguido la misma pauta, aunque no siempre con éxito. La construcción del Estado ha sido un gran proceso de destrribalización que algunos aún no han superado. La fórmula más eficaz -como dice Pellicani (1988)- es contemplar las peculiaridades regionales como parte de un sistema más amplio, o en una metáfora bastante expresiva, «como un sistema de cajas chinas, cada una dentro de otra mayor». Por la misma razón, añade, el futuro de los países europeos está en su capacidad

de federarse, como único medio de contrarrestar los impulsos hegemónicos de Estados Unidos.

---

#### 4. ALGUNOS CASOS CONCRETOS.

---

Volviendo al caso de la CEI, al producirse la secesión de las repúblicas y la ruptura con el sistema anterior, ha quedado al descubierto una de sus más importantes causas, o dicho de otro modo, la espoleta que ha hecho saltar los nacionalismos: la creciente falta de capacidad de dicho sistema para hacer frente a las exigencias de su funcionamiento, tanto en el aspecto político, como en el más inmediato, es decir, el económico. Datos de la OIT demuestran que la inflación a comienzos de 1992 oscilaba entre el 30% y el 40% mensual, una cuarta parte de la población de Rusia (unos 39 millones de personas) recibía salarios por debajo del nivel oficial de pobreza allí, y un 15% de la población laboral de toda la CEI puede estar en paro a finales de este año. Se han solicitado diversos créditos (entre ellos uno, concedido en julio de 1992, de nada menos que 24.000 millones de dólares por el Fondo Monetario Internacional), pero los occidentales desconfían con fundamento de la aptitud de la CEI para hacer frente a la enorme deuda exterior (70.000 millones de dólares) y a la vez contener la inflación. El actual Congreso de los Diputados del Pueblo está además paralizado en Rusia, porque los reformistas, encabezados por Yeltsin, no alcanzan los dos tercios de los votos necesarios para acometer cambios decisivos, que son sistemáticamente torpedeados por los conservadores, con la esperanza de que se vuelva a una línea de economía centralizada. Yeltsin ha proclamado literalmente que «el comunismo está muerto», y desde luego cuenta -por ahora- con una legitimidad de que carecía Gorbachov, pero subsisten muchos intereses creados en la policía, el ejército y la administración pública, y también recelos y viejas prácticas burocráticas. Por ejemplo, el jefe de un campo de trabajo de los Urales no permitió a comienzos de 1992 la entrada a un grupo de periodistas occidentales, alegando que el campo era «secreto». ¿«Por qué?» le preguntaron, «¿es que hay algo que ocultar». El jefe respondió con típica lógica stalinista: «La razón es secreta» (Newsweek, 13/7/92).

Los problemas de la CEI se complican con la exacerbación de los nacionalismos en las «nuevas» repúblicas, que lleva a extremos disfuncionales, tales como la exigencia de hablar exclusivamente moldavo para antes de 1994 en Moldavia, aun cuando la mayoría de la población sepa también ruso. El

movimiento de refugiados carece de precedentes: por causa de diversas discriminaciones han vuelto ya a Rusia unos tres millones de compatriotas expulsados de las otras repúblicas. En el ámbito de lo económico, los precios se han multiplicado por 20 en los dos últimos años, y a finales del presente el paro habrá pasado de 150.000 personas a unos cuatro millones. Un tercio de las empresas serán insolventes. Sería necesarios de 20.000 a 30.000 «expertos» occidentales para actuar como consejeros de las empresas. Debería haber de dos a tres millones de estas, pero actualmente no llegan a 30.000 debido a las dificultades que opone la burocracia establecida. Si la CEI y sobre todo Rusia no reciben ayuda exterior, se dice que podrían terminar en una situación «latinoamericana», es decir, en una democracia inestable, con una enorme clase baja, y dependiente de masivas aportaciones extranjeras. Por otro lado, Yeltsin dejará la presidencia en 1996, y no hay perspectivas de sucesor.

En cuanto a la «explosión» yugoslava, que viene arrastrándose desde hace más de un año, ha resultado ser un problema de bastante más calibre que el meramente «regional» como se le quiso calificar en un primer momento. Este choque ha venido a demostrar indirectamente la escasa capacidad de la CE para intervenir en conflictos exteriores (como ya sucedió con el del Golfo Pérsico), debido tanto a la complejidad de la cuestión, como a sus disensiones internas sobre la política común a seguir. En la Europa de los 90 resultaba imposible mantener, ni siquiera como confederación, la vinculación a fortiori en un espacio reducido, de seis nacionalidades, cinco religiones, y cinco etnias, con incompatibilidades históricas, culturales y políticas a menudo extremas. La unión de nacionalismos y desigualdades económicas acarrea fácilmente violencias y «balcanizaciones», como estamos presenciando, imposibles de mantener mediante el mero recurso formalista del federalismo, que incluso en el caso de algunas repúblicas de la antigua Yugoslavia se rechaza de antemano. Y a la vez, por el lado opuesto, *cabe preguntarse si el derecho de autodeterminación carece de límites.*

En todo caso, las atrocidades que se viven en esos países ponen en duda la «madurez europea» de que en ocasiones se ha hecho apresuradamente gala frente a otras culturas. La tolerancia ha sido asumida como valor señero en la cultura política de países como España, Grecia o Portugal, que a partir de 1970 demostraron saber superar valores radicalmente opuestos. Pero lo que sucede en Yugoslavia indica que el encontrarse en Europa no es vacuna contra la intolerancia ni el salvajismo, y que algunos pueblos tienen todavía un camino que recorrer antes de considerarse pertenecientes al verdadero espíritu europeo.

En la disgregación de Yugoslavia juegan tantos factores coincidentes, que es desde luego irreversible.

En cuanto a Checoslovaquia, la escisión que se empezó a perfilar ya el pasado año, se ha consumado en 1992, pero afortunadamente por vía pacífica. También aquí se dan importantes diferencias entre ambos países en aspectos culturales, históricos, ideológicos y no menos de producción. Estos últimos favorecen a los checos considerablemente en una serie de industrias clave. A esta ruptura ha contribuido la atomización de los partidos políticos con presencia parlamentaria, que sumaban unos cuarenta (cosa que también ocurre en Polonia). Por lo demás, se aprecia en los eslovacos una fuerte desconfianza respecto a Occidente, al que acusan -por ejemplo- de haber efectuado en Eslovaquia sólo el 10% de las inversiones totales en la antigua república. De hecho, sólo ahora y en condiciones no muy favorables, los eslovacos, por primera vez en su Historia, gozarán de plena independencia. En todo caso, la política de privatizaciones que se ha iniciado en países como las antiguas RDA y Checoslovaquia, así como en Hungría, e incluso en parte de la CEI, no constituye de por sí una panacea para solucionar los problemas de las nuevas Administraciones; y debe por el contrario llevarse muy cuidadosamente.

En resumidas cuentas, la antigua URSS, Yugoslavia y Checoslovaquia constituyen ejemplos de disgregación de Estados -hasta no hace mucho aparentemente monolíticos- cuya ruptura es ejemplo de hasta qué punto la unidad se mantenía a fortiori por virtud de un único pero fortísimo lazo de unión, ahora disuelto: el partido comunista. La actual fragmentación, no sólo parlamentaria, tiene que superarse o las consecuencias pueden ser muy graves para estos países.

Un ejemplo contrario es el de Hungría, en donde los partidos políticos habían empezado a organizarse ya antes del derrumbamiento del régimen anterior, encabezados por el Foro Democrático. El cual, en las primeras elecciones de abril 1990 obtuvo el 43% de los escaños, seguido por otros cinco partidos, lo que hace que el parlamento magiar sea ciertamente gobernable, y facilita la viabilidad del sistema (Schoettli, 1990, Cámara Puig, 1991).

---

## 5. LOS DILEMAS DE EUROPA OCCIDENTAL.

---

Tampoco la CE está exenta de problemas sociopolíticos y económicos, aunque su posición, como es obvio, resulta infinitamente más sólida que la de

los países del Este. Brevemente, y para empezar con Alemania, son evidentes -y no siempre esperadas, pero ahora inevitables- las consecuencias de su reunificación. Hace no más de un año hubiera parecido impensable una huelga general del sector público, como la que se registró el pasado mayo de 1992. Es significativo que se decidiera realizarla por tan sólo una diferencia del 0,6% (unos 25 DM al mes), entre la propuesta del Gobierno y la de un Consejo de arbitraje. Pero en el fondo, lo que se sabe es que los ingresos se reducirán entre 1990 y 1994 por lo menos en un 4% en términos reales, y únicamente en 1995 se supone que se alcanzarán los salarios de 1990. La inflación alcanza actualmente los salarios de 1990. La inflación alcanza actualmente al 4,5%. La absorción de la obsoleta organización, tecnología y mano de obra del Este ha producido un desempleo en la antigua zona oriental del 15%, y una deuda de 1,3 billones de marcos (unos 80 billones de pts.). Los ahorros y salarios de la Alemania occidental son actualmente el doble que en la oriental, y el desempleo menos de la mitad (6,5%). Las fricciones que este reajuste ha provocado llevaron a un conocido medio de prensa a decir que «Alemania es una república de egoístas».

La reciente subida de las tasas de interés, primero en Alemania y luego en otros países de la CE; así como la disminución de las inversiones japonesas, coincide con las dificultades para aplicar el Tratado de Maastricht no antes de su segunda oportunidad de ratificación por Dinamarca (a mediados de 1993). También las reiteradas alusiones a la «Europa de dos velocidades», hacen pensar que nos encontramos en el umbral de una crisis económica que no empezará a ceder en por lo menos dos o tres años.

Sin pretender abarcar más de lo que aquí nos es posible, vamos a ver algunos otros países occidentales, con objeto de comprobar hasta qué punto se repiten en ellos los dilemas de inestabilidad económica como reflejo parcial de los cambios políticos.

En el caso de Italia, las fórmulas que durante casi medio siglo han permitido funcionar a una democracia «a estilo italiano», están perdiendo credibilidad y dejando de ser útiles. Se hace cada vez más preciso sustituir el viejo sistema por uno que responda a las realidades actuales y arrincone las flagrantes corrupciones al uso. El escandaloso dominio de las organizaciones mafiosas y sus vinculaciones con las políticas, no son más que el aspecto más visible de tales corrupciones. En este país, así como en Francia, España, Portugal

y sobre todo Grecia, el «clientelismo de partido», ha sustituido al tradicional «clientelismo de notables». Como ha dicho Touraine (1991), los partidos se han convertido en máquinas políticas y electorales y no en «organizaciones de representantes del pueblo», que precisan de recursos siempre superiores a los que reciben legalmente. La democracia se convierte así «en un mercado político en el que los grupos, cada vez más poderosos, conquistan privilegios que acrecientan la desigualdad».

En Francia ha crecido en exceso la distancia entre los políticos y los electores, como resultado de la fragmentación de la derecha moderada y la ineficacia de los socialistas. La disconformidad de un aparte apreciable del electorado se manifiesta allí en el perceptible crecimiento de la extrema derecha (a veces como «voto de castigo»), y la xenofobia. El reciente «affaire Tapie», en que el ministro de Asuntos Urbanos hubo de dimitir tras sólo 52 días en el poder, es nada más que el último de una serie de escándalos que han sacudido el país, minando la confianza de las instituciones.

Los ejemplos podrían multiplicarse, si recordamos el caso de Grecia, que a la pérdida de su valor estratégico añade una inflación del 16%, un renta inferior en un tercio a la media en la CE, y una industria mayoritariamente estatalizada y obsoleta. El clientelismo de partido ha sido tal, que en 1986 el 90% de los miembros activos del PASOK eran empleados públicos y funcionarios. Lo cual implica la traslación de la fidelidad clientelística a una organización y no a una persona, y la asignación de recursos en función de esta relación (Papadopoulos, Y., 1991).

En el caso de Gran Bretaña, la imprevista victoria del partido conservador en las recientes elecciones de 1992, ha reforzado la línea que venía siguiendo este desde la época de Thatcher, pero suavizándola algo. Por su lado, el partido laborista ha sufrido una nueva derrota, lo que le obliga a plantearse a fondo algunos de los principios básicos de su ideología y su organización electoral. Se debería sustituir el sistema de «bloques» sindicales para la elección del líder del partido por el de «un hombre, un voto», e incrementar su cohesión, así como la implicación de los simpatizantes laboristas en las tareas habituales (Seyd, 1991).

Por otro lado, Major ha dado últimamente crecientes muestras de ser incapaz de dirigir su propio partido, y no digamos de controlar Europa desde la presidencia

de la CE. Una parte muy importante de los parlamentarios de *todos* los partidos se oponen abiertamente a la ratificación del Tratado de Maastricht. La aprobación en Noviembre de 1992 del Tratado, por sólo tres votos de diferencia, se ha conseguido a costa de retrasar su puesta en ejecución hasta que Dinamarca lo ratifique en un segundo referendun. El precio probablemente incluye también la modificación de algunos de sus contenidos. Además, Gran Bretaña queda fuera de la Unión Monetaria Europea. No puede ignorarse el papel de Thatcher en la sombra frente a las tendencias más propicias a la unión sin restricciones.

No es posible dedicar aquí la atención que deseáramos a España, sobre cuya situación sociopolítica han venido apareciendo numerosos trabajos desde finales de los años 70 (cfr. por ejemplo, Linz, J. J. y Montero, J. R., 1986, y Gunther, R, Sani, G., y Shabad, G., 1986). Únicamente cabe destacar la moderación ideológica de la gran mayoría de los votantes, y el predominio del PSOE en los últimos diez años. En el período 1983-86, llegó este a disponer del 58% de los escaños del Congreso de Diputados, la mayoría en 13 de los 17 Parlamentos regionales, y el 73% de los concejales de localidades de más de 20.000 habitantes, representantes municipales de más de la mitad de la población total del país (Cazorla y R. Robledo, 1992). Pero en opinión de uno de sus más destacados líderes, el PSOE «tendría que redefinir ahora su proyecto político, ante circunstancias que han cambiado mucho» (Maravall, J. M., 1992). Tal redefinición debería incluir forzosamente los problemas de clientelismo y corrupción que han salpicado a miembros del partido en forma ininterrumpida en los últimos seis años. La variedad rural de clientelismo de partido en ciertas regiones ha sido decisiva en las elecciones de ese mismo período, al convertirse los subsidios del paro en un recurso de poder a nivel municipal (Cazorla, 1992; García Sanz y Martínez Paricio, 1992).

En cuanto a la actual crisis económica, ha sido provocada en parte por falta de previsión respecto a las consecuencias de ciertos gastos públicos desmesurados. Pero el problema principal radica en la necesidad de reconducir la moral de las políticas públicas por sus cauces normales, predicar la austeridad con el ejemplo, y tomar todas las medidas necesarias para reducir la inflación y el paro (el auténtico, no el disfrazado).

Un tema trascendente es de nuevo el resultado final del Tratado de Maastricht, cuya firma pareció sentar los cimientos para una verdadera unidad político-económica europea. Ante todo, la actitud de Dinamarca, que no lo ratificó,

constituye un primer obstáculo, que si bien no es insuperable, desde luego va a ralentizar sus efectos. Como causas de tal actitud cabe citar el insuficiente conocimiento por parte de la mayoría de los electores sobre el contenido del Tratado, la desconfianza en los políticos, los recelos frente al centralismo de Bruselas, la «amenaza» de pérdida de bienestar en provecho de otros países, y el temor a posibles inmigraciones y a un crecimiento del desempleo.

Causas similares han actuado en la muy ajustada aprobación del Tratado en el referendun francés del pasado septiembre. También influyen los problemas derivados de la xenofobia, que no nos son desconocidos a los españoles, antes por pasiva y ahora por activa. El miedo a la «invasión» de los extranjeros (o de la mano de obra barata), encuentra sus principales aliados precisamente en las clases bajas del país de destino, que temen la «competencia» de los extranjeros, pero que la disfrazan bajo otras apariencias.

A la mencionada demora de la ratificación del Tratado contribuye la simultánea agravación de la situación económica de prácticamente la totalidad de los miembros de la CE, las ya citadas reticencias británicas, y sobre todo -aunque no sea el aspecto más visible- el peso creciente de la concentración de decisiones políticas en Bruselas, con una burocracia ingente (los *eurócratas*), y sus correspondientes costos, no sólo económicos. En definitiva, no ha sido inoportuno el toque de atención que en realidad ha sido la causa de tal demora. Una sorda batalla se libra por la atracción de capitales en un momento poco pujante de la economía mundial, lo cual va a suponer un precio alto, o sea, una reducción para los mecanismos de protección social y las condiciones de trabajo. Especialmente en algunos países muy endeudados como Italia y Bélgica, y -en menor grado- España.

Parece difícil evitar las consecuencias de una recesión en la que influyen poderosamente los fuertes déficits de varios países miembros. El dilema sin embargo, tiene una solución clara: el único medio de hacer frente a la rivalidad económica de Japón y Estados Unidos, es la unidad europea. El «ranking» económico mundial de finales del siglo XX es: 1º, Japón, 2º la CE, y 3º Estados Unidos. Así que *lo que resulta discutible no es el objetivo, sino el procedimiento*: es decir, la necesidad de la concentración de decisiones en Bruselas y la omnipotencia de los eurócratas. Y, no menos, la paulatina incorporación a la CE de nuevos miembros *solventes*, como Austria y Suecia, en ningún caso antes de 1995-96.

En el fondo, la actitud de los daneses, que por sólo una diferencia de 46.000 votos, volcaron la balanza en contra de la ratificación unánime del Tratado, no es sino expresión de las dudas que en los países más desarrollados suscita la viabilidad de una CE, en la que a los problemas políticos de una incipiente unión confederal se unen fuertes desigualdades económicas entre sus miembros. Dudas a las que se añaden otras, como ¿hasta donde puede llegar la expansión de la Comunidad y a qué velocidad procederá? ¿Cómo se relacionará con los no miembros? ¿Qué efectos producirán las disparidades económicas y otras existentes en su seno? ¿Cómo se tomarán las decisiones? ¿Tendrán los más poderosos una influencia desproporcionada?, y cuestiones similares, de gran trascendencia futura (D. Smith, 1990).

Los altísimos costos de la Seguridad Social están poniendo en apuros a los gobiernos de Suecia y otros países, incluida España, pese a la gran diferencia entre la eficacia de sus prestaciones. Ciertamente, en algún punto hay que poner coto a los abusos que pesan sobre tales prestaciones; pensemos por ejemplo que casi la cuarta parte de la población holandesa activa ha sido declarada oficialmente con incapacidades laborales, lo que es difícil que corresponda a la realidad.

---

## 6. CONCLUSION.

---

Hasta no hace mucho, la política de disuasión ante la URSS justificaba una alianza frente a esta, basada en el liderazgo de Estados Unidos. Y justificaba por la misma razón una constante presencia de este país en los asuntos de sus aliados. Pero en la seguridad europea ya no es preciso el papel principal de Norteamérica, cuya gigantesca deuda pública hace risible la propuesta -oída aún no hace mucho en los medios de comunicación- de aplicar «un nuevo Plan Marshall» a los países del Este. Estados Unidos es actualmente incapaz de financiar tal plan. Por tanto, la estrategia de los países europeos occidentales tiene hoy que partir de bases muy distintas, a lo que claramente conducen los recientes acuerdos de la Conferencia para la Seguridad y la Cooperación Europea. Entre tales bases, la reducción armamentística y la limitación del ámbito de acción de la OTAN permitirán aplicar a fines más «sociales» los inmensos gastos hasta hace poco derivados de la guerra fría, y disminuir las desigualdades interiores de la CE. Aunque los intereses creados intenten seguir justificando el papel de la OTAN, en base a su «necesaria» intervención en el conflicto de la ex-Yugoslavia, u otros que puedan suscitarse en el futuro.

Por otro lado, mientras en la ex-Unión Soviética y otros países del Este se pone una confianza -tal vez excesiva- en las bondades del «capitalismo democrático», en los occidentales comprobamos que se generaliza la desilusión no sólo ante los políticos como tales, sino lo que es peor, ante las instituciones mismas. La eficacia de los Parlamentos se cuestiona y la retórica está agotada, como se aprecia en los casos de Italia, Francia, Grecia y quizás España. Las elecciones están dominadas por el dinero y la TV (Alperovitz, 1990), y la cultura se ve amenazada por el peso de las grandes corporaciones. La contradicción entre los valores que se predicán y la realidad es cada vez más patente y ello explica la desilusión, el «pasotismo», o el renacimiento de la ultraderecha en sectores considerables de la juventud occidental. Si las «distancias» dentro de la CE, o entre esta y su entorno aumentan, si la desigualdad crece, la democracia puede correr peligro.

Como dice Roiz (1992), se está fabricando y transmitiendo el supuesto de que «la convergencia mundial hacia una economía de mercado acarreará una convergencia política internacional, que conducirá al parlamentarismo democrático, y en suma, impondrá una paz mundial». Pero frente a tal supuesto, se hacen evidentes los radicalismos, los fundamentalismos, la intolerancia, la pervivencia de viejos modelos políticos, y sobre todo la creciente desigualdad entre los pueblos. No se puede dudar de la *voluntad* de convivencia de estos, pero sí de su *capacidad* de llegar a acuerdos para lograrla, porque tales acuerdos implican una «suma cero»: *lo que unos consiguen otros lo pierden*.

La democracia se consolidó en los países occidentales gracias al desarrollo de la tecnología, la protección de los derechos fundamentales del individuo, y la transformación y acceso a la información. Pero quedan otros problemas por solventar: el equilibrio ecológico frente al agotamiento de los recursos, y la compatibilidad de la administración de estos, frente a su justa distribución (Cotarelo, 1991). Nuestra desventaja relativa en Andalucía ante las demás regiones de la CE, y -no menos- muestra proximidad geográfica al tercer mundo, cuyos problemas vemos tan de cerca, deben hacernos comprender con mayor claridad la cruda realidad ante la que vivimos cotidianamente.

El corporatismo no es la solución, y desde luego en modo alguno debe confundirse con al esencia (liberal) de la democracia (Tarnawski, 1990). Lo que hay que promover en Europa y hacia su exterior, es *el principio de la tolerancia activa* preconizado por H. D. Genscher (1990), lo cual significa «querer al prójimo

tal como es; con sus opiniones divergentes, sus diferencias culturales, su color de piel. Su modo de ser distinto no es un peligro para nosotros, sino un enriquecimiento. Ese es el camino para vencer, por un lado la doctrina de la lucha de clases, y por otro, para evitar el renacimiento del facismo».



El presente mapa se incluye para facilitar al lector tanto la ubicación de los países de la Comunidad Económica, cuyos límites externos se marcan con trazo grueso, como de otros que se mencionan en el texto.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Alperovitz, G., «Beyond Socialism and Capitalism», en el vol. colect. coordinado por Hartman, C., y Vilanova, P., *Paradigms Lost. The Post Cold War Era*, Pluto Press, Londres 1992.
- Azcona Olivera, J. A., «La CEE y sus vecinos del Este: del cero al infinito», en *Boletín Económico ICE*, num. 2333, 12-19 de julio de 1992.
- Bell, D., «La empresa y el ambiente sociopolítico en el umbral del nuevo siglo», en *Atlántida*, abril-junio 1991.
- Blas, A. de, «La izquierda y el nacionalismo», en *Leviatán*, num. 31, primavera 1988.
- Cámara Puig, M. de la, «Hungria, 1949-89», en *Debate Abierto*, num. 4, Primavera 1988.
- Cámara Puig, M. de la, «Hungria, 1949-89», en *Debate Abierto*, num. 4, Primavera 1991.
- Cazorla Pérez, J., «CE-Magreb: referentes demográficos, económicos y psicológicos», en *Revista de Estudios Regionales*, num. 29, enero-abril 1991. «Del clientelismo tradicional al clientelismo de partido. Evolución y características», en *Working Papers*, ICPS, Barcelona, 1992.
- Cazorla Pérez, J., y Ruiz Robledo, A., «El funcionamiento de las instituciones», cap. 13 del vol. coordinado por Cotarelo, R., *Transición política y consolidación democrática, España 1975-1986*, CIS, Madrid, 1992.
- Cotarelo, R., «La Universalización de la democracia», en *Debate Abierto*, num. 4, Primavera 1991. «Consideraciones sobre el fin de la bipolaridad», en *Debate Abierto*, num. 6, Otoño-Invierno 1991.
- Delperée, F., «Le FÉderalisme en Belgique», en el vol. colectivo *Le Federalisme en Europe*, ICPS, Barcelona 1991.
- Di Palma, G., *To Craft Democracies*, U. de California Press, 1990.
- García Sanz, B., y Martínez Paricio, J., «Ruralidad y estrategias políticas en la España actual», en *Debate Abierto*, num. 7, Primavera 1992.
- Genschler, H. D., «Ante la unidad alemana», en *Debate Abierto*, num. 2, Primavera-verano 1990.
- González Hernández, J. C., «Europa en mutación», en *Debate Abierto*, num. 7, Primavera 1992.
- Gunder Frank, A., «La revolución en la Europa del Este», en *Leviatán*, num. 39, 1990.
- Gunther R., Sani, G., y Shabad, G., *El sistema de partidos políticos en España. Génesis y evolución*. CIS y Siglo XXI, Madrid, 1986.
- Halliday, F., «The Siren of Nationalism» en el vol. colectivo coordinado por Hartman, C. y Vilanova, P., *Paradigms Lost. The Post Cold War Era*, Pluto Press, Londres 1992.
- Linz, J. J., y Montero, J. R., (coords). *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los años ochenta*, CEC, Madrid 1986.
- Maravall, J. M., «From opposition to Government: the politics and policies of the PSOE», en el vol. colectivo *Socialist Parties in Europa*, ICPS, Barcelona 1991.
- Marcet, J., «Dinamarca: el multipartidism extrem amb tendencia bipolar», en *Working Papers*, ICPS, Barcelona 1992.
- Mella, M., *La izquierda europea*, Teide, Barcelona 1985.
- Papadopoulos, Y., *Les transformations du clientelisme de parti en Grece*, Ponencia en el XV Congreso de la AISP, Buenos Aires, julio de 1991. Multicopiada.
- Pellicani, L., «El espectro del nacionalismo», en *Leviatán*, num. 31, 1988.
- Rodríguez-Aguilera, C., «¿Hacia la disolución de las culturas de partido en Europa occidental?», en *Sistema*, num. 107, marzo 1992.
- Roiz, J., *El experimento moderno*, Trotta, Madrid 1992.
- Schoettli, U., «Después de la revolución en Europa Central y Oriental», en *Debate Abierto*, num. 3, Otoño-Invierno 1990.
- Seyd, P., «Party Renewal: The british Labour Party», en el vol. colectivo *Socialist Parties in Europe*, ICPS, Barcelona 1991.
- Smith, D., «The New landscape of European Security», en el vol. colectivo coord. por Hartman, C., y Vilanova, P., *Paradigms Lost. The Post Cold War Era*, Pluto Press, Londres 1992.
- Tarnawski, E., «Una alternativa al socialismo real: corporatismo en la Europa del Este» en *Rev. de E. Politicos* num. 68, abril-junio 1990.
- Touraine, A., «El ciudadano, un cliente», en *El País*, 27 de junio, 1991, p. 9.
- Vilanova, P., «Paradigms in Crisis» en el vol. colectivo coord. por Hartman, C., y Vilanova, P., *Paradigms Lost. The Post Cold War Era*, Pluto Press, Londres, 1992.

